CLARIN Y EL PRIMER UNAMUNO

Hemos de advertir antes de todo que no es la primera vez que estas relaciones han sido objeto de estudio (1). Los trabajos que han precedido al nuestro parecen coincidir, al menos, en una cuestión fundamental: que la amistad entre *Clarín* y Unamuno, aunque simplemente epistolar y de corta duración, fue profunda y trascendente; considerando también documentada la influencia literaria y espiritual de Alas sobre el joven profesor de Salamanca. Esta documentación tiene sus fuentes en declaraciones que el primer Unamuno hizo al «maestro» Alas en su correspondencia epistolar, por el año 1895 (2), y en algunas citas o pasajes en los que, posteriormente, Unamuno rindió homenaje a la memoria del crítico y creador literario de *Vetusta*.

De la problemática validez de ciertas declaraciones incluidas en las fuentes epistolares tendremos ocasión de hablar en páginas posteriores. En cuanto a la utilización de textos escritos en la madurez

(1) GUILLERMO DE TORRE: *Tríptico del sacrificio*, Buenos Aires, 1948; MANUEL GARCÍA BLANCO: «Clarín y Unamuno», *Archivum*, enero-abril 1952; FRANCO MERECALLI: *Clarín e Unamuno*, Milano, 1956.

(2) *Epistolario a Clarín*, prólogo y notas de ADOLFO ALAS. Ed. Escorial, Madrid, 1941. En este epistolario sólo se incluyen las cartas de UNAMUNO a CLARÍN, dándose por perdidas las que éste dirigió al profesor de Salamanca.

con el fin de reconstruir relaciones de juventud, no nos cansaremos de advertir los peligros que este sistema de trabajo lleva consigo, sobre todo tratándose de autores cuya madurez ideológica y literaria se nos presenta como precipitado de una honda crisis y transformación en los últimos años de mocedad.

Para abordar el estudio de las relaciones entre *Clarín* y el primer Unamuno poseemos el conocido *Epistolario a Clarín*, publicado en 1941 por Adolfo Alas, y los escasos comentarios críticos en que su padre, Leopoldo, se ocupó de los primeros escritos del joven Unamuno. Esto es, no presentaremos en este pequeño trabajo textos o documentos inéditos, limitándonos a repensar y releer las fuentes de información utilizadas ya en monografías ya en artículos por quienes nos precedieron en el estudio del tema.

El *Epistolario* contiene diez cartas de Unamuno, entre los años 1895 y 1900. La correspondencia fue iniciada por el escritor vasco, a propósito de ciertas aclaraciones filológicas sobre la voz «adolescencia», cuyas raíces etimológicas *Clarín* había aventurado de forma poco precisa en una de sus habituales «revistas literarias» aparecida en *El Imparcial*. Las correcciones propuestas por el joven catedrático son formuladas con el máximo tono de humildad, intentando evitar muy conscientemente cualquier prurito de pedantería que hubiera fácilmente despertado la conocida irritabilidad del «maestro», sobre todo para con la «gente nueva» (3). Lo que estas disquisiciones filológicas tenían de pretexto para entablar relaciones con el pontífice de la crítica nos es revelado por el mismo Unamuno en las líneas finales de su primera carta, del 28 de mayo de 1895. Tres días después, el 31 de mayo (4), Unamuno se dirige a *Clarín* acusando recibo de su contestación (5), aprovechando esta vez para iniciar confidencias de tono más íntimo y personal:

---

(3) Dada la equívoca connotación de la palabra «modernismo» en la España de 1895 a 1890, hemos preferido utilizar en nuestro trabajo el término de «gente nueva», siguiendo la significativa nomenclatura crítica de la época, que *Clarín* empleó con frecuencia al referirse a la literatura joven de los últimos años de siglo. Con este término impreciso, cierto sector de la crítica identificaba a todos aquellos que, guiados por un ansia de renovación y aun, en casos, por una conciencia revolucionaria, intentaban romper con los antiguos cánones literarios o pretendían subvertir el orden social establecido.

(4) Curiosamente no se ha advertido la singularidad de esta rápida comunicación postal. A decir verdad, tenemos que confesar que, después de varias lecturas del *Epistolario* publicado por el señor Adolfo Alas, estamos «acostumbrados» a los mayores misterios bibliográficos, porque si bien es cierto que resulta a todas luces inverosímil la rapidez de comunicación postal entre Salamanca y Oviedo, no menos sorprendente resulta la intercalación de la oratoria fascista de Benito Mussolini en textos de *Clarín* (véase la p. 199).

(5) García Blanco, *art. cit.*, pone en duda si la primera carta de Unamuno obtuvo respuesta, cuando repetidas veces, en la segunda comunicación epistolar (31 de mayo del 95), el escritor vasco alude a la contestación que *Clarín* le envió.

«... Y ahora voy a hablarle de mis cosas con la sencillez que creo debe usarse en casos tales. He puesto en los artículos 'En torno al casticismo' mucha alma y gran suma de trabajo; aunque llevo escribiendo algún tiempo en mi país (Bilbao), en la prensa *nacional* soy enteramente nuevo, tengo deseos de trabajar, de hacer lo que pueda por la cultura de mi país y de crearme una posición en las letras y algo que se añada a mi cátedra. Los principios son duros, y aquí se lee tan poco lo que sale con firma nueva que sin recomendación es muy difícil salir adelante.

... Unas observaciones críticas de usted no pueden por menos que hacer que mis trabajos sean más leídos.»

Al llegar a estas líneas es cuando logramos poner en claro cuáles fueron los verdaderos motivos que impulsaron a Unamuno a intentar entablar relaciones epistolares con *Clarín,* utilizando como excusa las correcciones filológicas de su primera carta. Por lo demás, nada tienen de particular estos primeros párrafos de la carta del 31 (?) de mayo, en donde Unamuno pide simplemente unas líneas de pública confirmación al más influyente de los críticos de la época. Merecen comentario otras partes de este texto en donde Unamuno intenta presentarse lo más afín posible al joven intelectual del gusto de *Clarín* y confiesa ser cuidadoso e interesado lector de los escritos del «maestro»:

«He seguido con interés y cuidado la última dirección de usted, su período místico en cierto modo, y tanto su artículo necrológico del P. Ceferino, como *Chiripa,* como otros trabajos de usted, me han sugerido mil ideas, y es muy fácil que algo vaya comunicándole si, como veo, sirve mi anterior de arranque de otras.

Yo también tengo mis tendencias místicas, pues no en mano he estado oyendo misa al día y comulgado al mes con verdadero fervor y no por fórmula hasta los veintidós años, y de pura religiosidad creo que dejé de hacerlo.»

Como es sabido, este joven catedrático de «tendencias místicas» había colaborado regularmente meses atrás en *La lucha de clases* (6), y, como ya ha hecho notar Blanco Aguinaga (op. cit.), todo parece indicar que Unamuno dejó de asistir a misa entre 1882 y 1884, es decir, entre los dieciocho y veinte años de edad.

La tercera carta que poseemos está fechada el 26 de junio de 1895. Es allí donde Unamuno hace ciertas declaraciones de hiperbólica admiración a los escritos de Alas, afirmando que *Clarín* es «el primero, casi el único escritor español que me hace pensar». Declaraciones pa-

(6) Sobre el socialismo de UNAMUNO consúltese C. Blanco Aguinaga, *Juventud del noventayocho,* México, 1970, y *El primer Unamuno,* de R. PÉREZ DE LA DEHESA, Madrid, 1966.

recidas hizo también Azorín por aquellos años (7), y si las ponemos en relación con las publicaciones de juventud de ambos escritores, comprobaremos lo exagerado de semejantes afirmaciones, máxime en el contexto general de las páginas en donde se encuentran insertas. Más adelante tendremos ocasión de explicar, revisando los ensayos del primer Unamuno, el por qué de nuestra reserva ante la admiración que el profesor vasco confiesa sentir hacia *Clarín* en su correspondencia con él. Por una parte, no sería justo dejar de aludir al gusto común de ambos catedráticos por algunos autores de la «novísima filosofía», como solía Alas denominar al recién importado movimiento espiritualista: Renan, Sabatier, Huysmans, etc., a quienes de cuando en cuando se mencionan en el epistolario, y recordamos también el ensayo sobre la mística en los trabajos *En torno al casticismo* (1895). No obstante, creo que no debe confundirse el entusiasmo clariniano por los «novísimos» en los últimos años de siglo con el interés de Unamuno por ciertos autores de ese movimiento intelectual (8). Formular con cierto rigor la distinción que proponemos y someterla a análisis escapa a las posibilidades de estas breves notas; por lo que se refiere al espiritualismo en la Europa de fines del XIX, bástenos por ahora con recordar que, como el mismo Brunetière apunta (9), no solamente supone una reacción frente al ambiente positivista de décadas anteriores, sino también una contestación al pensamiento socialista. Y no se olvide, al mismo tiempo, que es precisamente en el año 1894 cuando Unamuno se adhiere a la ideología socialista de corte marxiano.

El 2 de octubre del 95 vuelve el «discípulo» a reiterar su admiración y deuda intelectual para con el maestro, afirmando que *Clarín* ha sido el «literato y pensador español a quien debo más ideas, gérmenes de ideas y cabos de hilo», a la vez, claro está, que recuerda al crítico lo decisivo de sus comentarios en la prensa sobre sus trabajos «en la dura lucha por la conquista del público». Importa asimismo destacar en esta carta, las líneas en que anima a *Clarín* para que prosiga en su campaña contra la «gente nueva», campañas que curiosamente había criticado el mismo Unamuno en uno de sus ensayos de *En torno al casticismo,* en junio de ese mismo año. Como veremos, no será la primera vez que incurre Unamuno, por cierto igual que el primer *Azorín,* en este tipo de contradicciones que interesa resaltar

(7) *Vide* nuestra tesis doctoral, *Clarín y la Gente Nueva,* University of California at San Diego, 1970.

(8) Creemos significativo a este respecto que *Clarín,* al comentar públicamente los ensayos de *En torno al casticismo,* lo calificase de «trabajo discreto», sin especial entusiasmo (véase la carta de Unamuno del 9 de mayo de 1900). Desgraciadamente no hemos podido localizar el artículo de *Clarín* en la prensa de la época.

(9) *Vide* F. BRUNETIÈRE: *La Renaissance de l'Idealisme,* París, 1896.

para poner entre interrogantes la sinceridad de algunas de las afirmaciones insertas en el *Epistolario.*

No comentaremos aquí la carta quinta por carecer de contenido que importe a nuestro tema. En la sexta, fechada el 31 de diciembre del 96, anuncia Unamuno el envío de la novela *Paz en la guerra,* libro en el que su autor tenía puestas muchas ilusiones y que *Clarín* ignoró totalmente en sus publicaciones críticas, con el consiguiente disgusto y decepción del debutante novelista vasco. Debido probablemente a esta contrariedad, la comunicación epistolar se interrumpe por espacio de más de tres años para reanudarse el 25 de marzo de 1900, aunque es posible que se haya perdido alguna carta anterior a ésta, pues extraña el modo natural con que la correspondencia se restablece después de un período tan largo, sin mediar ningún género de explicaciones.

En esta primera carta de la «segunda época» anuncia Unamuno la publicación de sus *Tres ensayos,* libro que recibió Alas pocas semanas después y que comentó con detenimiento en los *Lunes del Imparcial* el 7 de mayo de 1900 (10). Siendo la reseña fundamentalmente elogiosa, contiene al mismo tiempo más de una observación crítica que, evidentemente, tenía que escocer y humillar a un temperamento como el de Unamuno. Y, efectivamente, nada más leer la «revista literaria» de *El Imparcial,* el profesor de Salamanca coge la pluma entre indignado y dolido, para ensartar una larga cadena de quejas e increpaciones, dirigiendo a *Clarín* la penúltima carta del *Epistolario,* que tiene un especial interés para nosotros. Advierte Unamuno al comienzo: «Esta carta va a ser una confesión, voy a desnudarme en ella y alguna vez a desnudar el concepto que de usted tengo formado.» Como es este «concepto» el que aquí nos interesa, entresacaremos algunos párrafos significativos con referencia a él:

> «He oído hablar mil veces, y he hablado yo mismo, excediéndome no pocas, de su afán por sostener los seniles productos de los más de los consagrados (no de todos) y la actitud de reserva frente a los jóvenes de empuje. Los que nos hemos deleitado con lo bueno de verdad de Valera lamentamos lo que de *Morsamor* usted decía, y lamentamos por otra parte que tan poca importancia concediera a aquel brioso y originalísimo Ganivet, que dejara pasar en silencio una obra tan robusta, tan noble y tan hermosa como la de Campión y tampoco se detuviera lo debido en *La Barraca,* de Blasco Ibáñez, superior para mi gusto a cualquier novela de Galdós o de Pereda.
>
> ... Y la conclusión solía ser: lástima que hombre de talento, de tan claro juicio, no juzgue con completo desinterés, y no se deje a sí mismo a un lado al juzgar.»

(10) El texto de este artículo fue reproducido por GARCÍA BLANCO en *Archivum, art. cit.*

queja que Unamuno volverá a repetir páginas después, para acabar preguntándose: «... Tal vez haya incompatibilidad entre usted, de la generación que salió del 68, y nosotros, los que aún no pasamos de treinta y cinco años, pero los viejos me parecen inferiores a los que hoy salen. ¿A qué vino lo de oponer la gente *novísima* a la *nueva?* Si en sus reparos a la gente nueva le creyesen sincero, la misma gente nueva le querría.»

Nótese la diferencia de estas líneas en que Unamuno «desnuda» la opinión que ha venido formando sobre *Clarín,* y compárese con los elogios de las primeras cartas y con las entusiastas aprobaciones de la campaña de Alas contra los jóvenes escritores. Y a propósito de esta cuestión, no quisiéramos terminar sin mencionar un detalle c : el que no ha reparado la crítica. Nos referimos a unas líneas de esta carta (pág. 87 del *Epistolario)* en donde Unamuno, de pasada, afirma haber aludido a *Clarín,* juzgándole severamente, en el último de sus ensayos *En torno al casticismo.*

Una atenta relectura del ensayo *Sobre el marasmo actual de España* nos ha confirmado que, efectivamente, no una, sino repetidas alusiones a *Clarín* se encuentran en este texto, hasta el punto de que varios de sus capítulos no resultan del todo comprensibles sin estar en antecedentes de las polémicas que tuvieron lugar entre Alas y la «gente nueva». Las alusiones a *Clarín* no son nunca directas, pero no es difícil suponer a quién van dirigidos comentarios como éste: «En la vida intelectual, lo mismo que en el toreo, apestado también de formalismo, hay que recibir la alternativa de manos de los viejos espadas; lo demás no se sale de novillero. Junto a este desvío para con la juventud se halla un supersticioso servilismo a los ungidos» (11). O bien:

> «Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida. Vivimos en plena *presbitocracia*... sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que mornojean: "no empujar, muchachos", cuando no ejercen de manzanillos de los que acogen a su sombra protectora. "Ah, usted es joven todavía, tiene tiempo por delante...", es decir, "no es usted bastante *camello* todavía para poder alternar". El apabullante escalafón cerrado de antigüedad y el tapón en todo.
>
> Los jóvenes mismos envejecen, o más bien se avejentan en seguida, se *formalizan,* se *acamellan,* encasillan y cuadriculan, y volviéndose correctos como un corcho, pueden entrar de peones en nuestro tablero de ajedrez, y si se conducen como buenos chicos, ascender a alfiles» (*Ibid.,* p. 130).

(11) MIGUEL DE UNAMUNO: *Ensayos,* Ed. Aguilar, Madrid, 1958, p. 129.

Sirvan, pues, estas rápidas observaciones para llamar la atención de quienes han venido caracterizando de profundas las relaciones *Clarín* y Unamuno. A la vista de los datos de que dispone hoy el crítico de nuestra literatura finesecular, opino que las declaraciones de adhesión y de identificación con el «maestro» por parte de Unamuno han de ser consideradas con toda reserva, toda vez que el cotejo de unas cartas con otras y el del *Epistolario* en general con otros textos del propio don Miguel dan por resultado un buen número de contradicciones que creo no se han sopesado suficientemente. Después de las citas y consideraciones aducidas, no creemos arriesgado concluir que en el caso *Clarín*-Unamuno asistimos nuevamente —si bien con peculiares características y diferencias de nivel— a las polémicas e incompatibilidades que tuvieron lugar entre *Clarín* y otros miembros de la llamada «gente nueva» (12).—*ANTONIO RAMOS-GASCON (The Pennsylvania State Unive. Dept. of Spanish University Park, Pa. 16802).*

(12) Para las relaciones *Clarín*-MARTÍNEZ RUIZ, véase nuestro artículo «Relaciones *Clarín*-Martínez Ruiz, 1897-1901», que aparecerá en la *Hispanic Review.*